



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 18018

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIERCOLES 29 DE MARZO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rra Oamartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

Suma y sigue

El gobierno se ha vuelto á ocupar, en el último consejo celebrado, del problema de las subsistencias. Y ha acordado seguir estudiando el asunto en el consejo próximo.

No está bien aplicada la palabra, porque realmente no es estudio lo que hacen los ministros, sino examen de las conclusiones presentadas por la ponencia de ministros para traducirlas en decretos.

Son algo conocidas, pues ya se dió un avance de ellas; pero en la práctica resultan ser irrealizables que bien pueden decirse que no son soluciones.

Tahonas municipales, tablas reguladoras para hacer bajar el precio de las carnes, dehesas para el ganado, á fin de evitar que entre productores y consumidores se introduzcan los intermediarios, viéndolo a costa de unos y de otros.

La teoría es bonita, inmejorable, pero solo en teoría. ¿Dónde tienen los ayuntamientos recursos para melarse en esos gastos? Precisamente en los momentos actuales—por culpa de la ley de alcoholes y mas que nada por la devaluación del trigo y las harinas—no hay ninguno que no tenga descabalado el presupuesto.

Tal vez alguno pueda melarse en esos lujos, el de Madrid, pero ninguno mas; porque cuando se trata de dificultades generales y se quiere buscarles remedio, se toma como tipo a la corte, sin tener en cuenta que Madrid no es España ni España Madrid. Por esa circunstancia Madrid resulta siempre beneficiada y perjudicados los demás municipios.

Hace dos semanas se decía que el viernes de la misma se publicaría el primer decreto relativo a la

solución de este problema; pero el día pasó; la semana también; y se hablo luego del consejo próximo, se dijo que el viernes inmediato sería publicado el decreto y por fin se ha firmado, sin que á la hora que escribimos estas líneas nos sea conocido.

Los múltiples relatorios que ha ido tomando este negocio nos hacen sospechar que las soluciones que expone la ponencia son endebles. Nuestro pesimismo las considera así. Es más, no creemos que tengan eficacia; y á juzgar por la poca prisa que ha tenido el Gobierno en llevarlos á la «Gaceta», casi nos atreveríamos á decir que ni aun la ponencia de ministros que ha estudiado las causas del problema tiene confianza en la virtualidad de los remedios que propone.

De todos modos esperamos que se haga público el decreto firmado y bien sabe Dios cuanto deseáramos vernos obligados á rectificar las impresiones que tenemos, á las que contribuyen, como hemos dicho antes, la poca prisa que se da al gobierno en solucionar un asunto tan grave.

La Navidad en la Mandehuria

Esta banquete recuerda los que se celebraban siglos atrás. Grandes braseros arden en la antigua y austera sala del Jaiuen; brillan candelabros de velas de sebo en rudimentarios candelabros, y elevan hacia el techo ennegrecido sus llamas rojizas y humeantes; treinta ó cuarenta perros, á los que no hay medio de cecar, grahen bajo todas las mesas y recogen huesos y mendrugos.

En las mesas, cubiertas de blanca vajilla, verdan matas de musgo, y en un rincón de la sala se advierte un pino joven, el árbol de la Navidad. Formando contraste con éstos nuestros símbolos, grandísimos letreros japoneses entrelazan sus caracteres cabalísticos, augurando á los invitados felicidad.

Fuera de la sala, en el patio, adornado con faroles y banderas, en torno de grandes

fogatas que reverboran en los techos de las casitas vecinas, están los músicos y cantantes.

Cuando el coro y la música callan se oye la voz melancólica de un siamés (instrumento de las «cintas de té») la cual voz induce á algún curioso á ver la mujer que toca. La misteriosa «canta», es un artillero.

La confite empieza con la fría compostura de un banquete oficial. El general Oku y el príncipe Nacimeto han venido para augurar una buena navidad, poco antes de sentarnos á la mesa, y luego han vuelto á salir dejando á un Estado mayor el cuidado de hacer los honores á los huéspedes extranjeros, agregados militares y corresponsales.

Su breve visita ha revestido la solemnidad ceremonial que acompaña siempre la aparición del jefe supremo de nuestro ejército, y ha dejado una impresión de frialdad.

Se habla en voz baja del tiempo, se observa discretamente que hoy hace más frío que ayer, y que mañana hará quizá más frío que hoy.

Algunos se suman en la lectura del «menú» impreso en tarjetas, y el menú tapa á menudo la boca, para disimular un bostezo incipiente.

Pero pronto se transforma el ambiente. Detrás de nosotros hay soldados armados de botellas, que reciben los consejos de mantener siempre llenas las copas, y la respetan con inflexible disciplina. Quien ve siempre llena la copa que tiene delante, no recuerda que ya ha bebido y vuelve á beber, con la mayor buena fe del mundo. Y al cabo de un rato son ya muchas las cosas que no recuerda.

Olvidando se pone alegre y expansivo, empieza á simpatizar con los vecinos, necesita contarles una porción de cosas; no recuerda precisamente cuáles, pero no importa, no hay conversación más alegre que aquella en la cual no se tiene idea exacta de lo que se quiere decir, ni de lo que se oye.

Los soldados corren de aquí para allá, llevando las botellas bajo el brazo, con el ademán de un artillero que transporta un proyectil.

Algunos bautiza las botellas (no el vino) con el nombre de «grandadas de mano». Se ríe y se aplaude. Las conversaciones se animan.

Todos hablan en alta voz. Los amigos se llaman por su nombre de un extremo á otro

de la mesa para beber á la recíproca salud. Poco á poco se brinda con los desconocidos, y los soldados no dejan que las copas se queden nunca vacías. Llegó el momento del champagne, el momento de los brulidos...

El general jefe del Estado mayor se pone en pie con la copa en la mano. Se produce un gran silencio. Pero apenas ha empezado á hablar en francés, cuando se oye un fragor de trueno. Vibran los platos y las copas y la misma casa se estremeció.

El cañón, no invitado, toma la palabra. Hay que confesar que su elocuencia es irresistible, pues todos se levantan lanzando un «Caizai!»

Centina el bombardeo y prosigue el banquete. Es lo último de la sala surge un soldado estiradísimo que realiza milagros de destreza. Transforma la bandera rusa en bandera japonesa, extrae monedas de plata de la calva de su coronel inglés, hace aparecer un pollo de su coronel japonés, hace español. Luego representa una pantomima, que consiste en una lucha en las avanzadas entre un centinela ruso y otro centinela japonés. por un canchero que aparece entre ellos.

La lucha se desarrolla en forma de cabriolas y saltos mortales, tomando una parte muy activa el canchero. Naturalmente, triunfa el japonés y captura al canchero y el ruso, entre los frenéticos aplausos de la concurrencia.

La confusión llega á su colmo. Las grandadas de mano son de una eficacia espantosa.

Un alemán que tiene el vino, triste, me predica no sé qué horribles catástrofes que han de ocurrir en su país por culpa de los socialistas, y lleva á moco y baba. En aquel instante se abre la puerta y entran varias bailarinas, que saludan á la noble asamblea.

No hay que decir que las bailarinas son soldados admirablemente disfrazados. Estas muchachas en activo servicio (algunas de las cuales quizá acaban de batirse) empiezan una danza en que se mezclan el decapio y el frenesí. El tambo que queda velado por una nube de polvo que se levanta del piso.

Los agregados más jóvenes quieren enseñar á bailar el vals á las chicas y empreden un galope infernal entre las sillas derribadas. Pero algunas bailarinas llevan aún las botas de montar y las capuelas bajo el kimono y tropiesan y una pareja cae ro-

lando por el suelo y otra pareja cae sobre la primera.

Entretanto la música militar «desbarrapción en la sala», dirigida por el «telega» de la Rouler, que lleva la gorra del «telega» mayor y se sirve de una bayoneta como botella. Es la «apología» cuando se oye un «telega» en dirección de la «telega»: en Hai cheng dirija magistralmente el «telega»...

«Pero las cosas se acaban la fiesta tam bien. Poco después, por las solitarias calles de aquel villorrio chico en estado de sitio, los centinelas asombrados, presentan las armas á un confuso grupo de jefes que bailan cogidos de las manos, cantando en coro los cantos de la «Merry England» (diagra Inglaterra.)

Es media noche. Crepita la noche; en algún punto se pelea. Trueno el cañón y hace las veces de las campanas en esta extraña fiesta de Navidad.

Y pensar que El nació para decir á los hombres: «Amigos los unos á los otros.»

Marcos Pale.

LA ESTACIÓN FLORIDA

Ya vuelve el suave atlaplo de la primavera, como dicen los poetas de estrofa y tanto raso.

Ya comienzan á cubrirse de flores los campos y serpentean los arroyuelos entre la verde frondosidad de las praderas.

Y zumban los insectos; y el sol, ese sol tan injuriado en silvas y romances, en odas y madrigales; en «optimismos» y «indolencias» y «obvias» y «obvias»; espárese por la tierra su claridad intencional y vivificante.

La naturaleza ha despertado y no está bien que la obliguemos á coger el sueño al compás de la lira.

«Cantemos á la naturaleza, pero nuestros cantos sean un himno á la fecundidad, al amor y al trabajo; no pongamos en la pluma el tóxico fatal del «adormecimiento»; sino el pulso bravo de la villa en tonación constante.

Los bríos de Mirra como las anarás per futinadas de Abril, deben brearnos la inteligencia para ponerla al servicio de la «plumidad» energética é inagotable.

Hemos perdido el tiempo en placeres honestos, contemplando las hojas del bosque mecidas por el viento susurrante y juguetón; adorando la luna y las estrellas, viendo

guirte abandoné mi familia. Te amo, Francisco, y mientras yo viva, no consentiré que me abandones por otra mujer.

—¿Otra mujer? ¿Quién ha podido decirte...
—Nadie, pero lo adivino, lo siento, estoy segura de ello.

—¿En qué has empleado el tiempo durante un mes que no sé de tí?

—¡Voto al diablo! me he ocupado de los asuntos de la cuadrilla.

—Es falso: has desaparecido durante un mes entero y nadie te ha visto; tu teniente el Rojo de Aneau y los demás han dirigido las expediciones.

Ahora recientemente, ese asalto á la diligencia de Rambouillet, ese saqueo del molino de Saint-Avet... los otros lo han hecho, tú no estabas con ellos.

—Francisco, no trates de regarlo, te ocupas de otra mujer!

—Te digo que no; estoy atando los cabos de un negocio que conocerás más adelante.

—No hay negocio que te valdara en confiarlo, porque sabes que aunque te propusiera poner fuego á mi propia casa, no te lo perdonaría con tal que me amases! Pues dime, ¿quién es en una intriga amorosa en

lo que vas á emplear á esa desdichada, á quien acabas de dar yo no sé qué comisión?

—¡Eh! ¡mil demonios!—exclamó exasperado Francisco.—¿Y suponíamos que así fuera?

—No lo consentiría,—replicó Rosa con impetuosidad.—Tu amor, tu terrible amor, Francisco, me perteneció exclusivamente y sabré defenderlo... sólo por seguro.

El rostro del jefe de los bandidos reflejaba las más violentas pasiones y su frente se veía surcada de profundas arrugas; pero de repente desapareció la rigidez de sus facciones, suavizándose su mirada y dijo sonriendo:

—Ea, mi linda Rosita, haz lo que quieras. Eres una loca, una celosa, pero yo no amo ni puedo amar á nadie más que á ti. Quédate, si así lo deseas, y te venceré de que tus sospechas no tienen sentido común.

Y la abrazó.

Aquella súbita reacción pareció escitar la desconfianza de Rosa.

—Francisco,—replicó,—tal vez me equivoco, pero estaré alerta... ¡y desgraciados de nosotros si me engañase!

morada de Francisco en Chartres, pero todas sus indagaciones habían sido inútiles.

Repugnábale, sin embargo, poner en campaña á la policía que tenía á sus órdenes, porque los documentos auténticos que obraban en poder de la señora de Moreville, probaban de una manera concluyente que el bazonero Gauthier era, en efecto, el hijo y heredero de Miguel Ladrage del Breuil; y el joven magistrado no quería emplear para con un individuo de su familia semejantes medios de investigación.

La conducta de Francisco debía obedecer á un cálculo premeditado, y en tal caso, no auguraba nada honroso para él.

Sin embargo, cuando Daniel trató de conocer la opinión de los señores de Moreville sobre aquella circunstancia singular, las encontró parapetadas en una absoluta confianza.

No estaban más enteradas que Daniel de la vida de los proyectos de Gauthier, porque éste había estado sus preguntas aplazando con frases cariñosas satisfactorias muy bien brevas.

Sus hijas á la marquesa, en apariencia, frivolas y joviales, para con María, habían ejercido una especie de fascinación sobre la madre y la hija,